



Esteban Castromán

CABLERÍO

Ningún derecho reservado.
Alentamos la reproducción total o parcial de esta obra,
mediante cualquier medio, consignando los créditos y
la fuente de la misma.

Coordinación general del proyecto
Ana Ojeda / Nicolás Correa /
Marcos Almada / Agustín Montenegro
exposiciondelaactual@gmail.com

Curador del volumen:
Marcos Almada

Coordinación gráfica
Laura Ojeda Bär
laura.ojeda.bar@gmail.com
cargocollective.com/laura-o

Producción
Matías Reck
losreck@hotmail.com



exposiciondelaactual

**www.exposiciondelaac-
tual.blogspot.com**

ÍNDICE

Vida en los techos.....	7
Brujería.....	11
Disco.....	44
Clemencia en el paintball.....	70
Todo sucede en un quirófano	79
Acerca de mí	98
Arte de tapa.....	99

VIDA EN LOS TECHOS

Desde que el agua comenzó a ganar altura y las viviendas se hicieron inhabitables, trasladamos nuestro hogar a la azotea. Acá arriba, donde antes operaba el inconsciente de la ciudad e iban a parar los remanentes de uso, montamos una réplica aproximada del antiguo orden mobiliario.

Entonces lo caduco –triciclos rotos, botellas vacías de cerveza, latas con pintura seca y repisas desarmadas– tuvo que compartir espacio con lo imprescindible: camas, salamandra, pla-

cares, juguetes, pelelas, botiquín de primeros auxilios, sillas, manguera conectada a la red de agua caliente, mesa, biblioteca, baúl con alimentos.

Sobre nuestras cabezas, un techo formado por cientos de bolsas plásticas que logramos fijar precariamente en las antenas y los márgenes de hormigón. Bajo nuestros pies, una llanura metalizada con arroyos de alquitrán seco. Y aún más abajo, el avance vertical de un dios maldito, líquido, desbocado.

Las eventuales temporadas de lluvia se transformaron en un ritual de lo habitual. A modo de pasatiempo, nos refugiábamos bajo impermeables coquetos para contarles a los pequeños historias de una ciudad donde la gente solía pavonearse por las calles, correr alrededor de plazas, emborracharse en bares, pasear animales domésticos

utilizando correas para evitar escapes sorprendidos u otras insurrecciones respecto al protocolo del cautiverio.

Más que dispositivos de negación, los relatos eran genuinas prótesis de fe adulterada.

Una mañana, mientras la inundación ya empapaba nuestras pisadas, escuchamos en la radio portátil que helicópteros oficiales vendrían a rescatarnos. Tal noticia restauró las fantasías de un futuro posible y, por lo tanto, el ánimo de todos nosotros. Pero los días posteriores transcurrieron como accidentes automovilísticos y el salvamento jamás llegó.

Al poco tiempo la fatalidad empezó a imponer su puño de hierro. Poca comida en el baúl. Repentina actitud desesperada, peligrosa, de los vecinos. Aproximación del invierno. Embarcaciones piratas por los al-

rededores. Un animal extraño, especie anfibia que nunca antes había visto, tal vez carnívoro por la configuración de su dentadura, atravesando el umbral de hormigón. Ecos de explosiones que resonaban a lo lejos.

Ahora que el agua nos llega hasta las rodillas, esperamos cada atardecer apiñados para generar una idea de calor, ahuyentar a los fantasmas del frío nocturno y postergar la claustrofobia a cielo abierto.

Ya no hay salida probable. Todo lo que nos queda ocupa como mucho un metro cuadrado. ¿Para qué más? Es absurda la obsesión por conquistar nuevos espacios durante una cuenta regresiva hacia la nada.

BRUJERÍA

1.

Ni Leandro ni yo creíamos en nada relacionado con lo sobrenatural. Sin embargo, las cosas se dieron de ese modo: inexplicables. Y empezamos a creer por la fuerza, por esa energía de lo inevitable que te susurra al oído: esto-es-cierto. Nuestras primeras sospechas comenzaron en Monte Grande, en la casa que tenía mi primo, Leandro, cuando éramos preadolescentes, donde me quedaba meses

enteros de verano esculpiendo sensaciones de misterio en todos los sentidos.

Recuerdo que nos llamaba la atención el ímpetu de sus padres, mis tíos, al ver programas en la tele que a nosotros nos disparaban risas y excitación. Durante las cenas, mientras masticábamos carnes o pastas, el cuadrado del televisor funcionaba como un embudo en donde iban a parar todas las atenciones.

Pero casi siempre, cerca de medianoche, cuando mis tíos se iban a acostar, nos llevábamos la video casetera a la pieza, para ver filmes de horror y otros géneros que ellos odiaban. Películas que alquilábamos en un videoclub próximo a la estación de trenes. Vimos toda la saga de *Martes 13*, *Re-animator*, *Halloween I y II*, *El inquilino* de Polanski, *La mosca*,

Videodrome y *Scanners* de Cronenberg, *Noche alucinante*, *El día de los inocentes*, las primeras *Pesadilla en lo profundo de la noche*, *Poltergeist*, *Suspiria* de Argento, *Aquí vive el horror*, y tantas, tantas otras. Algunas conservaban sus títulos originales en las cajas de cartón laminadas y otras no: pero las traducciones de esas que no, configuraban con sus títulos una cartografía aún más cotidiana y terrible de nuestro miedo.

2.

En esa lógica de alquilar películas que los adultos nunca verían, fuimos poseídos por el deseo y la curiosidad de meternos en el campo de juego del erotismo. Para descubrir qué había debajo de esas polleritas, de esas calzas ajustadas femeninas, de esas me-

tonimias textiles que tanto nos hacían pensar en que seguramente había otra función para que nuestro pito llevara a cabo, más allá del acto de orinar y –cuestión que ahora empezaba a manifestarse– ponerse dura con las chicas que bailaban en la tele.

Entonces aprovechamos ese impulso implícito, como si Leandro y yo hubiésemos tenido un mandato galáctico que nos gobernaba cual marionetas, para alquilar las dos primeras películas de *Emmanuelle*. Cuando llegamos a la casa de mis tíos entramos los VHS clandestinamente, encanutados debajo de nuestras remeras, sostenidos por los elásticos del slip.

Esa noche descubrimos el movimiento cinético de los cuerpos desnudos y lascivos gracias a que la actriz Sylvia Kristel mostraba todo el

tiempo sus pequeñas y sólidas tetas, y que había masturbaciones e ideas de coitos, velados de su dimensión explícita, dentro de escenarios exóticos. Su esposo liberal, diplomático y trotamundos (el mentor de que ella estuviera ahí, frotándose con cuanta carne se curzara delante suyo) al final se transforma en un hombre triste y conservador debido a los celos que le provocó su Frankenstein sexual. Pero ese tipo de detalles los revelaríamos mucho tiempo después.

3.

Lo cierto es que esa noche, envalentonados con el fulgor de una paja prominente, pensábamos que se trataba del mismísimo paraíso.

Quiero esto siempre para mi vida, ambos repetíamos, mediante gritos

silenciosos, varias veces, y luego de eyacular a oscuras, con las manos encastradas, mientras los reflejos de la tele funcionaban como un faro para la higiene personal.

4.

Días después vimos la 4, mucho más erótica que las dos primeras. La 3 no estaba en ese videoclub cercano a la estación de trenes.

La 4 tiene una parte mortal: una chica se columpia sobre una hamaca; llueve; viene un pibe; ella tiene las tetas marcadas a través de la remera debido al agua; ella se tira encima de él; se besan; no recuerdo bien si cogen o no; pero se insinúa; así funciona la erótica en la adolescencia. Y también hay recuerdos que uno no quiere precisar del todo.

5.

Además de esa saga vimos *Hannah does her sisters*. Un remixado, título y argumento, de la película de Woody Allen. Una porno genial. Chicas con chicas. Chicos con chicos. Chico con dos chicas. Chica con dos chicos. Muchas chicas con muchos chicos. Todo eso era muy extraño en ese momento para nosotros, pero había un nivel de excitación que nos hacía pensar que éramos inmortales.

De la inmortalidad y de esas cuestiones solíamos conversar con Leandro, luego de las masturbaciones, antes de apagar la video casetera y de quedarnos dormidos en la oscuridad no silenciosa de Monte Grande.

6.

En aquella casa de Monte Grande, la mayoría de las noches se escuchaban tambores y gritos. *Sonidos africanos*, decía mi tía. Se trataba de ritos umbanda donde mataban gallinas y la gente se descontrolaba en términos espirituales. Era una templo que lindaba con la casa de mis tíos, mediante una pared muy delgada, y todas las noches teníamos sesiones de alaridos, tumbadoras, cantos shamánicos y algún que otro ruido indescriptible.

El groove ideal para acompañar las confusiones y paranoias preadolescentes.

7.

En esa época, por los barrios de la zona sur del conurbano bonaerense,

se hablaba del Hombre Gato. Un personaje maligno que violaba a las mujeres y hacía otras fechorías. Lo llamaban así porque iba enmascarado, tenía enormes garras, saltaba por los techos y se subía a los árboles, como un felino, para atacar a sus víctimas. Cuando lograba su cometido, huía rápidamente sin que nadie pudiera capturarlo. Los vecinos temblaban por las noches ya que el intruso rasguñaba las puertas de sus casas para dejar indicios de que estaba cerca, marcando el territorio como un animal rabioso.

8.

Una noche de calor en Monte Grande, cuando ya todos estábamos acostados, escuché rasguños sobre la puerta de atrás de la casa, cuya parte del jardín lindaba con un terreno baldío. Pánico

feroz. Inmovilidad total en mi cuerpo. Temblequeo interno. Imposibilidad de pronunciar palabra alguna.

El respaldo de mi cama estaba muy cerca de la ventana, abierta pero con rejas, y luego había un pasillo y la pared que nos separaba del templo.

Hasta que el sonido de esas uñas erosionando la superficie de la madera fue sepultado bajo una capa de música ritual. La sinfonía del horror a dos tiempos me provocó un desmayo. O al menos supo borrar el episodio siguiente de un coletazo demoledor.

Ahora no recuerdo nada.

9.

Dedicábamos las tardes a construir máquinas con cajas de zapatos, botones de camisas a modo de pulsadores, ramas, pedazos de animales muertos,

cables delgados uniendo los supuestos componentes, tubos metálicos que sobresalían por sus laterales. Eran verdaderos artefactos tecno-animistas.

Uno de esos aparatos que realizamos fue el Detector de Fenómenos Extraños. Afirmábamos que estaba capacitado para identificar fantasmas, seres de otros planetas, huellas por dónde aparentemente había pasado el Hombre Gato, y otras encarnaciones alucinadas debido al cine clase B, a los terrores de la calle y, primordialmente, a la virginidad.

Todo concuerda era la frase que repetíamos una y otra vez, por las tardes, atando cabos sueltos mediante una lógica abductiva, paseando el artefacto por toda la casa, deteniéndonos en rincones, detalles, picaportes, porciones de pasto quemadas por el sol, pisadas sobre la

tierra del jardín, piedras de colores extravagantes.

Luego fuimos por más. Empezamos a divisar irregularidades a lo largo de la cuadra donde estaba la casa de mis tíos. Doblamos en la esquina e hicimos lo mismo en toda la manzana. Concluimos, en función de los resultados expresados por el Detector, que nuestra cuadra, de las cuatro, era la más extraordinaria, donde solían manifestarse todo tipo de anomalías.

En un principio, nos lo explicamos relacionándolo con el templo de al lado. Pero había algo más: la cuadra donde estaba la casa de mis tíos era, sin dudas, algún tipo de centro energético universal, una sucursal del siniestro galáctico, el lugar elegido por una logia heterodoxa para montar el espectáculo de las creencias para sus creyentes, entre otras cosas. Y por eso

los umbanda habían decidido montar un templo en ese lugar. Todo eso concluimos.

10.

Una tarde, a la hora de la siesta, caminamos cuatro cuadras hasta la casa de la tía Adelaida, sobre la avenida Fernando del Toro: además de pileta tenía teléfono. Luego de los saludos *chicos cómo andan bien y vos tía* dijimos que teníamos que hacer una llamada. Así fue como Leandro llamó a una de sus compañeritas de inglés y la invitó al cine para la tarde siguiente. Y que fuera con una amiga porque *estoy con mi primo. Yo. Todo bien* y quedamos en encontrarnos al día siguiente, los cuatro, en el andén de la estación ferroviaria de Monte Grande, vía Constitución, a las tres de la tarde.

En el camino de regreso hacia la casa de mis tíos había alegría, excitación y miedo. Nos pasamos el resto del día especulando estrategias, posibles modos del habla y posturas al caminar, si deberíamos fumar o no, si tendríamos que pagar las entradas de ellas, si ir a comer o tomar algo antes, qué hacer después cuando saliéramos de ver la película, qué película ver. Ellas eran más grandes, tenían dieciocho, nosotros cinco menos, y no queríamos que quedara en evidencia nuestra inmadurez. Ése era nuestro Hombre Gato interior raspando con sus garras la superficie de la propia inseguridad, almacenada en una cajita de zapatos con cables que no conectaban absolutamente nada entre sí.

11.

Cena familiar: tíos, mi primo, otros tíos y otros primos que habían pasado a visitar. Leandro les había contado que al otro día iríamos al cine con unas chicas más grandes. La mesa se transformó de repente en un tablero donde los chistes verdes y las bromas pesadas eran las instrucciones de un juego adulto poco preciso. Uno de los parientes más jóvenes nos ponía fichas para *mojar la nutria*, decía él. Y que luego le contáramos.

Claro, si todo salía bien, en teoría podríamos tener sexo, al parecer. Las condiciones de posibilidad estaban dadas. Así funciona el planeta Tierra y sus soldaditos de carne y hueso, uno lo aprende un tiempo después. Pero en ese momento, el solo hecho de saber que las cosas hubieran podido rumbear para

ese lado amplificó el peso específico incómodo de las circunstancias. No necesariamente del hecho en sí, si es que el capítulo del sexo comenzaría en mi vida, sino aun más el volumen de las expectativas del otro.

Un rato después, en la cama, con la música africana y los gritos rituales y los chillidos de los animales sacrificados como banda de sonido, boca arriba y mordido por el vampiro del insomnio, pensé: ¿cómo sería tener una cita real? ¿cómo debería actuar? ¿cómo pasaríamos de la pantalla de una conversación acerca de la trama de una película que acabábamos de ver a una de desnudez, besos, caricias y penetración? Tenía dos parámetros distintos: la sutileza con que Sylvia Kristel danzaba con otros cuerpos en *Emmanuelle* o el pragmatismo frío de Peter North en *Hannah does her sisters*.

Pero, me pregunté, ¿cómo es que funciona el mundo real?

12.

A la mañana siguiente, mi tía nos había preparado el desayuno. Tomé algunos sorbos de chocolate con leche helada, pero casi ni probé bocado. Mis reflexiones a esa altura circundaban un hipotético plan B, es decir, cómo articular un relato en el caso de que las cosas no se dieran, que no hubiera contacto sexual alguno o que si lo hubiese la situación no fuera del todo narrable. Misma disyuntiva: la reconstrucción de los hechos debería ser un calco de algún episodio de los filmes eróticos o una reinterpretación menos hardcore de ciertos fotogramas del cine porno que solíamos ver en la video casetera.

Las conjeturas silenciosas, en la mímica de la alimentación, se vieron suspendidas debido a los gritos de mi tío, que entró a la casa por la puerta principal diciendo *anoche violaron a una chica acá a la vuelta, dicen que fue el Hombre Gato*.

13.

Antes de calzarme la remera (una de Garfield con cuellito de colores), la acerqué al detector para corroborar que todo estuviese en orden. No quería acarrear ningún tipo de fenómeno extravagante en mi primera cita. Y menos aun con una chica más grande, que seguro sería capaz de darse cuenta de cualquier anomalía. *Que la brujería quede en esta casa*, me dije.

Caminamos con Leandro hacia la parada del 501. Tardó bastante en venir.

Llegamos a la estación quince minutos tarde respecto a lo acordado con ellas. Mientras subía las escaleras que nos dejarían en el andén vía Constitución, mi corazón latía con el beat de una canción de Atari Teenage Riot.

Ya en el andén, vimos que las dos chicas estaban sentadas en un banco, conversando y tomando gaseosas. Cinthia, la compañera de inglés de Leandro, Coca Cola. Analía, su amiga, Fanta sabor naranja.

Nos presentamos. Saludamos. Analía me pellizcó un cachete y las dos rieron. No supe si se trataba de un indicio positivo para lo que restaba de la jornada o si había retrocedido dos casilleros y tenía que esperar un turno, incluso antes de empezar a mover las fichas.

14.

Tren. Dos asientos de dos, enfrentados. Ellas en uno y nosotros en el contrario. Como dos equipos que se estudian antes de que el réferi anuncie el comienzo.

Alguien deja un paquete de tijeras e hilos sisal sobre mi apoyabrazos. En un acto de rebeldía extraña, en la pantalla de mi incomodidad, lo empujo con mi codo y cae al suelo, y digo *no me importa*, con una actitud pseudo punk, infantil, que fue leída como una reverenda pelotudez. Debido a los comentarios de las chicas, que me decían *están trabajando, no seas malo* y cosas por el estilo, tuve que recular, humillar mi acto condenadamente pequeño cuyo objetivo era, sin más, llamar la atención, y levanté el paquete ubicándolo donde lo había

dispuesto originalmente el vendedor ambulante.

15.

Caminando por Lavalle, entre la verborragia de Cinthia y Analía, y los pasos precipitados y torpes de Leandro y míos, se decidió ir a ver la película Batman, que recién se estrenaba, la primera, dirigida por Tim Burton y donde actuaban Michael Keaton, Jack Nicholson y Kim Basinger.

Luego de un acto confuso, nosotros pagamos sus tickets. Entramos a la sala. Nos sentamos en este orden: yo, Analía, Cinthia y Leandro. Es decir, las condiciones estaban dadas para lo que nos habíamos propuesto.

Empezó la peli. A los diez minutos pasé mi brazo derecho sobre el respaldo del asiento de Analía. Mi idea

era que se abstrajera de Batman y que empezáramos a besarnos desafortunados, como solía suceder en las películas norteamericanas. Pero no. Analía seguía capturada por la trama, riendo a carcajadas como si mi existencia fuera de la misma naturaleza que la de un potus en una habitación bastante grande donde otras decenas de plantas comparten el espacio.

Desde el extremo opuesto del cuarteto, observé a Leandro asomarse con una expresión de desidia bastante similar a la mía. Estábamos espejados en la perplejidad. Todo lo que habíamos soñado, incluso los pasajes pesadillescos, comenzaban a adoptar una forma que poco tenía que ver con el placer.

16.

Cientovientipico de minutos después terminó la película y salimos del cine. Ellas seguían riéndose de las morisquetas que el actor Jack Nicholson había exagerado para interpretar a su personaje en la película mientras nosotros moríamos por otra cosa: el contacto de nuestros cuerpos desnudos con ellas, algún tipo de frotación erótica, algo así.

Vamos a tomar una cerveza, dijo Analía envalentonada y risueña. Vamos, dijo Cinthia. Dale, dijimos nosotros a dúo e interrogándonos mediante una intranet telepática: si no pasó nada en el cine, ¿acaso dónde podría pasar alguna cosa?

17.

Deambulamos unas cuantas cuadras hasta aterrizar en un bar llamado FLOYD. Nos sentamos en una mesa larga sobre la vereda. Trajeron dos cervezas de litro, cuatro vasos, un recipiente con maníes y un cenicero.

El alcohol fue aflojando los bulones del desánimo y logró estimular chistes, comentarios graciosos acerca de la película, risas y múltiples brindis por nada en particular. Pedimos más cervezas. Cada tanto, con mi primo cruzábamos miradas cómplices para reivindicar cierta noción de fe que creíamos perdida.

Al rato veo que Cinthia se acerca a Leandro y empieza a hablarle al oído. Sus cuerpos están demasiado juntos y eso es algo bueno, pensé.

Entonces Analía agarró mi mano

izquierda y me encaró, mirándome a los ojos: *a ver... decime, pendejo... ¿vos qué querés de mí?... ¿tocarme las tetas?... ¿chuparme la concha?... ¿meterme tu pijita?... ¿estás seguro de que realmente sabés lo que querés?...*

Sí, le respondí.

Pero probablemente no me haya escuchado porque tanto ella como Cinthia salieron expulsadas de sus asientos al ver llegar a dos chicos que conocían, y seguro tenían veinte o más.

Leandro y yo quedamos tildados.

Ahora venimos, chicos fue lo último que les escuchamos decir antes de verlas entrar a FLOYD y desaparecer con ellos para siempre.

18.

Durante el viaje en tren, desde Constitución hacia Monte Grande, casi

no hablamos. Tampoco comentamos los detalles del trayecto de subte hasta la estación terminal, el pequeño desvío probable si hubiésemos seguido conversando con el chabón de la guitarra que tocaba temas de los Abuelos. Porque para nosotros todo era así, nuevo, germinal, inédito.

Pero nos abrumaba el día después, tener que contarles a todos en la mesa familiar que no había pasado nada con las chicas. Colmar expectativas de sensaciones que ni siquiera pudimos sentir.

Cuando bajamos del tren hicimos un pacto con Leandro: al otro día, en el almuerzo, inventaríamos un relato a partir de aquello que habíamos aprendido de los VHS, mezclando drama, sexo e intriga. *Lo que todos esperan de la vida, ¿o no?*, afirmamos (esta vez sí) con seguridad.

19.

Llegamos bastante tarde a la casa de mis tíos. No hubo tiempo ni energía para pasar la video casetera a la habitación. El sueño ganó la pulseada.

20.

Nos despertamos al mediodía y fuimos directo a la mesa, que estaba rodeada por una multitud de desconocidos cercanos: tíos, tíos segundos, tíos terceros, amigos de los tíos segundos y terceros, primos no muy cercanos que se decía eran una especie de tíos cuartos.

Apenas nos sentamos todos hicieron silencio y clavaron sus miradas en Leandro y en mí, para que les contáramos nuestra experiencia de la noche anterior.

Silencio incómodo amplificado.

¿Entonces?, preguntó uno de esos primos tan lejanos como el Himalaya.

Leandro miró hacia abajo. Yo, en principio, también. Hasta que solté las riendas. Y empecé a decir.

21.

Sentado en la mesa respondí

¿Entonces? Nos encontramos con las chicas, eran cuatro al final. Fuimos a ver una peli que no viene al caso, seguro ustedes no la vieron, seguro que ustedes no suelen ver películas. Ahí mismo, en el cine, empezamos a besarnos, dos con cada una. No sabíamos cómo controlar la cosa, teníamos miedo de que una se pusiera celosa de la otra. Pero afortunadamente eran muy gauchitas y se bancaron el manoseo a dos puntas. Entonces con Leandro dijimos, tenemos

que ir a algún lugar más tranquilo para satisfacer a estas fieras. Y pensamos que el mejor lugar era la cocina. Fuimos los seis hacia ahí. Claro, mientras pasan una película, ¿quién va a estar cocinando? Se cocina antes o después de la peli, pero no durante...

Uno de los tíos segundos preguntó con ironía: *¿Así que ahora los cines tienen cocina?... mirá vos...*

Ahora parado sobre la silla respondí

Mirá, en general no, pero en este sí, había. Y nos metimos ahí, los seis. Las chicas empezaron a besarnos entre las ollas y los manteles, entre los cuchillos y las servilletas. Fue todo muy rápido. Tuvimos sexo. Nos acariciaron. Incluso les mandaron saludos a ustedes.

El mismo tío de antes preguntó: *¿A nosotros?... ¿cómo puede ser, si no nos conocen?...*

Ahora parado sobre la mesa respondí

A vos no te conocen porque sos un pedazo de pelotudo. Pero a nosotros, los gavilanes de la noche porteña, nos hacen retratos, nos cantan canciones, nos ofrendan poemas. Esas cuatro chicas fueron muy amables con nosotros. Más allá de lo sexual, son muy buenas personas.

Mi tía, la madre de Leandro me dijo: *¿qué te pasa?... ¿estás borracho?... bajate de la mesa, por favor... decí lo que quieras... pero abajo... que estamos por comer... y me parece una falta de respeto...*

22.

[...]

23.

Cuando toda la fauna de tíos y primos –segundos terceros cuartos– finalmente se fueron, en la casa sólo quedamos mi primo, sus padres, los Umbanda y yo.

24.

Esa noche, estábamos viendo un programa de preguntas y respuestas, sentados alrededor de la misma mesa de siempre. De repente, Leandro se paró y dijo, guiñándome un ojo: *voy a acomodar todo este cablerío*. Y se tiró detrás del mueble de pino que sostenía la tele, el equipo de música y la video casetera, para ir preparando el aspecto técnico de nuestro ritual cotidiano VHS clandestino.

25.

Aproveché la distracción generalizada, fui hasta la pieza, agarré el Detector de Fenómenos Extraños, me tiré en la cama y apoyé uno de sus extremos tubulares metálicos sobre mi frente.

En aquella burbuja íntima de fantasía, intentaba encontrar la respuesta a una pregunta que aún desconocía.

26.

Horas más tarde, cuando ya todos estábamos acostados, escuché al Hombre Gato rasguñar la puerta trasera.

Ya sin miedo me levanté,

me acerqué hacia ella y la abrí.

Le dije:

CABLERÍO

¿vos sos el Hombre Gato?

Argggghhh!

¡Dale, vamos!

Argggghhh!

Me miró sin atacarme

y empecé a huir hacia ninguna parte

sin él y sin nada ni nadie

escapándome

de todo.

DISCO

1.

Primero plano cenital de un disco de vinilo. En su centro, un pendorcho con punta redondeada atraviesa la etiqueta blanca y circular sobre la cual se imprime, en tipografía gris oscura, las letras “F”, “D”, “J” y “O”, y abajo –entre paréntesis– “For Dee Jays Only”, y ya en el otro hemisferio respecto al núcleo, el título “Humus Tort Hot Dog”, y aún más al sur, un cierre en itálica: *INDUSTRIAL RAP 2018 MIX*.

2.

De repente las frases se tambalean hacia la derecha, y parecieran caerse debido a la referencia de gravedad arbitraria que la mirada y el sentido común nivelan. Sin embargo, nada de eso ocurre... sino un movimiento ordenado, una aceleración creciente y centrípeta. Es el disco que empieza a girar.

3.

Gira y gira, y debido a la velocidad de su giro, ya es imposible decodificar el contenido de las frases impresas sobre su etiqueta blanca; es tan solo la mancha móvil de un lenguaje transformado en sonido.

4.

Ahora que el campo visual es más abierto, sin perder su condición cenital, descubrimos la existencia de otro vinilo muy próximo a la derecha del anterior, traspasado por un pendorcho similar, pero que permanece estático. Ambos pendorchos son partes mecánicas de un artefacto mayor que los contiene, con perillas, vúmetros analógicos y lucecitas de led verdes rojas azules violetas amarillas, organizadas con cierta lógica de ingeniería electrónica. Pocos centímetros arriba de la máquina reposa una especie de piano pequeño, pero que intuimos no es un piano, a pesar de los dedos de esta mano que cada tanto se encarga de pulsar sus teclas.

5.

Los dedos, y la mano, pertenecen al operador del aparato. Trazando cierta línea física ascendente, vemos su gorra azul con visera donde leemos de forma invertida –como consecuencia de la perspectiva– las letras “N” e “Y” (aunque en verdad primero registramos la “Y” y luego la “N”). Debajo de la gorra debería estar la cabeza del operador.

6.

Sí, acabamos de corroborarlo, ya que uno de los movimientos rítmicos de cuello en que volteó su nuca hacia atrás, iluminó la presencia de una cara humana. Entonces, por supuesto, hay una cabeza debajo de la gorra, no existe duda alguna. De hecho

en este momento dirige su atención hacia un costado, donde una mujer de pelo rubio ondulado y vestido rojo se acerca hacia él. Intercambian palabras al oído. El operador saca del bolsillo de su camisa alguna cosa que no alcanzamos a ver y se lo entrega a ella. Risas cómplices. Se dan un beso en la mejilla. Apartándose de él, ella empieza a bajar unas escaleras.

7.

Hemos dejado atrás el estigma del plano cenital y ahora seguimos el avance de la mujer, con nuestro campo visual levemente entorpecido por sus rulos en la parte inferior del cuadro, como si estuviéramos montados sobre sus hombros, aunque al menos unos treinta centímetros detrás y en diagonal a su cráneo. Entonces bajamos con ella

escalón por escalón, compartimos un panorama aproximado cuando voltea su cabeza en dirección a la pista de baile, que desde acá parece un charco de aceite usado donde agonizan cientos de luciérnagas epilépticas.

8.

Nuestro *zoom in* se desploma en la muchedumbre, como un anzuelo y su respectiva carnada lo harían sobre el agua fatal de un río bravo: en modalidad aleatoria. La cosa es que a pesar del mantra confuso generado por la propiedad electroboscópica de las luces y todo lo demás, en ese tanteo fisgón, vemos algo. O creemos ver algo. Algo que parece no estar bien. Un gesto primario de autoconservación psíquica nos murmura al oído, pero desde adentro del cuerpo: *estás*

flasheando, eso no existe, jamás podría existir, es tan solo producto de tu

9.

La palabra *imaginación*, que hubiera sido la encargada de cerrar con un moño nuestro monólogo interior (la intranet molecular que con sus vasos comunicantes unifica y organiza el criterio de esta historia) queda a la mitad, se suspende, debido al giro repentino de su cabeza hacia el frente. Ahora seguimos bajando escalón por escalón, montados sobre un colchón ruloso y rubio.

10.

Estribillo

Escenario: dos raperos afroamerica-

nos, luqueados como fans Premium de algún equipo de béisbol yanqui... hablan, cantan, gritan, eyaculan sobre el micrófono que sostienen con una mano, mientras que sacuden la opuesta como si fuesen hélices dadaístas.

Pista de baile: chicas y chicos con los ojos cerrados contonean sus cuerpecitos rebalsados de lúpulo, MDMA y nicotina.

Cabina del DJ: las letras “N” e “Y” impresas sobre una gorra azul son el rostro del operador musical de la noche; es que donde debería estar su cara nos topamos con una metáfora de su disciplina.

Escenario: uno de los raperos ha tomado el control de la enunciación y mira a cámara y parece enojado, pero

no tanto, como un enojo humorístico, e invita a los bailarines del mundo a sumarse a esta pista de baile (como si tal cosa fuera posible en términos materiales, físicos y/o financieros).

Cabina del DJ: primer plano de unos dedos sátiros que manosean la superficie ronca del vinilo.

Escenario: mirando a cámara, el otro rapero manifiesta una frase sentida: su expresión, el volteo de su cabeza hacia atrás en paralelo con la extensión de sus manos hacia los costados, la imagen ficticia de fondo que intenta emular la textura de un cielo nubosidad variable con bajas probabilidades de precipitaciones, parece decirlo todo. Y su última línea, la vocal de cierre, se dilata más de lo que recomendarían los ejecutivos de la industria discográfica.

Aún así, y pese a la paranoia del clan apocalíptico de toda celebración que se precie, el estribillo termina para darle paso al resto.

11.

Volvemos a la escalera, a la visión endrogada por los rulos de la chica rubia. Dejamos atrás el vértigo del descenso, ahora la chica camina unos metros sobre el cemento alisado de la disco, dobla a la derecha y entra en un pasillo, medio oscuro, medio iluminado. Acelera la marcha en dirección a una puerta blanca doble al fondo que pareciera ser su destino final. Restan tres metros de distancia.

12.

La chica avanza entre luces cenitales débiles y sombras orgánicas que se mueven a los costados. A mitad de camino observamos un bulto más oscuro que la oscuridad sugerida por el lugar, como tirado a un costado del camino. Cuando la chica (y por lo tanto nosotros) se va acercando, reconocemos las fisonomías de una adolescente mujer, un adolescente varón y otra adolescente mujer acucilladas contra la pared derecha. Al pasar delante del grupo, en un simple mirarlos de reojo, logramos capturar un fragmento específico de su diálogo; ni las palabras anteriores, ni las frases que vinieron después.

13.

Adolescente mujer 1 dice (se lee subtulado abajo, letras amarillas): *la literatura es la colectora de la filosofía.*

Adolescente varón dice (se lee subtulado abajo, letras amarillas): *la filosofía es una tía borracha que no para de hablar al final de una fiesta mientras espera su remis.*

Adolescente mujer 2 dice (se lee subtulado abajo, letras amarillas): *el remis es un servicio de transporte público usado en Argentina y Uruguay, un automóvil con conductor (denominado remisero) que se alquila para llevar tres o hasta cuatro pasajeros. Normalmente se alquila para recorrer trayectos cortos o medianos dentro de las poblaciones, aunque a veces se los utiliza para viajes largos, o para varios viajes dentro de una misma zona, pero durante toda una jornada laboral.*

14.

La puerta doble blanca que hace unos segundos veíamos de lejos era ni más ni menos que la entrada al baño mixto. Como una democratización de los desechos, donde mujeres y hombres orinan y defecan en un mismo perímetro atmosférico. La chica rubia de rulos atraviesa el portal y nosotros con ella, claro. Se detiene frente al espejo, presiona el grifo, sale agua, lava su cara, seca su cara con una toallita de papel vegetal que extrae de un expendedor plástico montado sobre el espejo, examina su cuerpo ladeándose hacia un lado y luego hacia el contrario para corroborar no se haya extinguido su letanía erótica.

15.

Por el espejo vemos aparecer a una mujer morocha y demasiado alta que se ubica junto a nosotros. Es decir, al costado de la mujer rubia y de rulos sobre la cual se yuxtapone nuestra mirada. Eso: sólo nuestra mirada. Cabe aclarar tal cuestión ya que resulta extraño y ridículo que el espejo no nos refleje.

16.

Primer plano de la mano derecha de la rubia pasándole algo que no alcanzamos a ver a la mano izquierda de la morocha.

17.

De regreso al plano anterior, ambas cruzan miradas y sonríen. Se dan un beso en la mejilla. Apartándose de la rubia, la morocha comienza a irse del baño y ahora nuestra perspectiva va detrás de ella.

18.

Al salir, camina pocos metros y ya estamos sumergidos en la pista central. Pasea entre el laberinto de cuerpos en movimiento, abriéndose camino entre las personas con cierta actitud de videojuego.

19.

Marchamos junto a su locura y a

pesar del mantra confuso generado por la propiedad electroboscópica de las luces y todo lo demás, en ese tanteo fisgón, vemos algo. O creemos ver algo. Algo que parece no estar bien. Hasta que llegamos a la última estación de su trazado ferroviario: chico pelirrojo tomando trago largo y colorido sentado sobre taburete alto próximo a la barra.

20. **Estribillo**

Escenario: dos raperos afroamericanos, luqueados como fans Premium de algún equipo de béisbol yanqui... hablan, cantan, gritan, eyaculan sobre el micrófono que sostienen con una mano, mientras que sacuden la opuesta como si fuesen hélices dadaístas.

Pista de baile: chicas y chicos con los ojos cerrados contonean sus cuerpecitos rebalsados de lúpulo, MDMA y nicotina.

Cabina del DJ: las letras “N” e “Y” impresas sobre una gorra azul son el rostro del operador musical de la noche; es que donde debería estar su cara nos topamos con una metáfora de su disciplina.

Escenario: uno de los raperos ha tomado el control de la enunciación y mira a cámara y parece enojado, pero no tanto, como un enojo humorístico, e invita a los bailarines del mundo a sumarse a esta pista de baile (como si tal cosa fuera posible en términos materiales, físicos y/o financieros).

Cabina del DJ: primer plano de u-

nos dedos sátiros que manosean la superficie ronca del vinilo.

Escenario: mirando a cámara, el otro rapero manifiesta una frase sentida: su expresión, el volteo de su cabeza hacia atrás en paralelo con la extensión de sus manos hacia los costados, la imagen ficticia de fondo que intenta emular la textura de un cielo nubosidad variable con bajas probabilidades de precipitaciones, parece decirlo todo. Y su última línea, la vocal de cierre, se dilata más de lo que recomendarían los ejecutivos de la industria discográfica. Aún así, y pese a la paranoia del clan apocalíptico de toda celebración que se precie, el estribillo termina para darle paso al resto.

21.

Volvemos a la barra. Sin prólogo, ella, la morocha, le pega un cachetazo al colorado. Debido a nuestra ubicación en todo esto, parece como si el mamporro se lo hubiéramos propinado nosotros mismos. Un estallido de alegría, catarsis y ansiedad nos recorre, a pesar de que sea imposible expresarlo hacia fuera.

22.

Ahora El Colo mira a la morocha –en cierto sentido nos mira– y le dice –nos dice– (se lee subtítulo abajo, letras amarillas): *¡Gracias! ¿Trajiste lo que te pedí?*

23.

Primer plano de la mano derecha de la morocha pasándole algo que no alcanzamos a ver a la mano izquierda del pelirrojo.

24.

Se dan un beso en la mejilla. Apartándose del colorado, la morocha empieza a irse y vemos cómo su cuerpo se pierde entre la muchedumbre de la pista, ya que ahora estamos inyectados en la visión subjetiva del muchacho pelirrojo. Podríamos afirmar que a partir de este instante *somos* El Colo para seguir su devenir en la noche.

25.

Pero en realidad no; tal cosa no sucede. Se descontrola la linealidad del enfoque y nuestra percepción visual comienza a ser gobernada por un zapping de postales sin filtro ni orden.

26.

Un grupo de cuatro chicas y chicos bisexuales se toquetean sobre un sillón en los reservados.

27.

Un barman toma frula a escondidas en la puerta de la cocina.

28.

Cinco muñecos grandotes cagan a patadas a un pobre diablo intelectual que está tirado sobre el piso en el epicentro de la pista bailable.

29.

Un patovica discute con un joven de rastas que intentaba mear un parlante.

30.

El DJ se quita la gorra y descubrimos que donde debería estar su cara hay un disco de vinilo.

31.

La chica rubia de rulos, arrodillada

frente a un inodoro, vomita los excesos de la noche.

32.

El encargado del guardarropa le manda un mensaje de texto a su noviecita: *mi amor esto está por terminar salgo y voy para allá.*

33.

La noviecita del encargado del guardarropa responde el mensaje: *mi amor las pelotas ni se te ocurra aparecer por acá después de lo de ayer.*

34.

Uno de los raperos en el escenario mira a cámara y parece enojado, pero

no tanto, como un enojo humorístico, e invita a los bailarines del mundo a sumarse a esta pista de baile.

35.

La morocha alta intenta salir de la disco, pero se topa con una pared de ladrillos que parece haber sido construida hace pocos minutos. Antes de entrar en una espiral ascendente de fobia, se pregunta con cierta ingenuidad (se lee subtítulo abajo, letras amarillas): *¿acaso no hay salida posible de todo esto?*

36.

El DJ cara de vinilo agarra la perilla del volumen en su consola y la comienza a girar hacia la izquierda.

37.

El pelirrojo, agachado junto a la barra, busca con desesperación alguna cosa que se le ha caído torpemente de las manos.

38.

Tres adolescentes acucillados contra la pared de un pasillo medio oscuro, medio iluminado, juegan al juego de definir lo imposible.

39.

En el escenario, el otro rapero alarga una última frase sentida, pero que va extinguiéndose junto al paulatino decrecer del presente arbitrario que el DJ nivela con su operatoria motriz.

40.

Pantalla completamente negra. En chiquito, muy cerca del borde inferior, se lee el signo de copyright, el año y el nombre de la compañía discográfica.

CLEMENCIA EN EL PAINTBALL

Habíamos arreglado para encontrarnos a las cinco de la tarde en la puerta, pero nunca aparecieron. Esperamos más de media hora y finalmente decidimos entrar de todos modos. Nos dijeron que perdimos nuestro turno y que deberíamos pagar de nuevo, aunque como era nuestra primera vez el empleado decidió cobrarnos tan solo el 50 % del abono. Tuvimos suerte porque uno de los equipos de las seis también había fallado y pudimos entrar a jugar con ellos. Sino no hubiese sido posible.

Habíamos arreglado para encontrarnos a las cinco de la tarde en la puerta con los del Departamento de Capacitación de la empresa donde trabajamos. Nosotros somos de Cuentas a Pagar. La idea surgió porque uno de los chicos de la oficina ya había ido y le pareció una experiencia alucinante. Durante meses estuvimos amagando para hacerlo, diseñando los posibles equipos e incluso deliramos proponer a Recursos Humanos la organización de un campeonato interno como actividad recreativa con los empleados de la compañía.

Ya en el vestuario, reemplazamos camisas, pantalones de vestir y zapatos por uniformes militares, coderas, rodilleras, chaleco con un sensor –o algo así– y una pantallita de cristal líquido con números rojos. Los cinco coincidíamos en que los de Ca-

pacitación eran unos pelotudos y unos cagones.

Martín dijo que los de Capacitación eran unos pelotudos y unos cagones.

Adrián agregó: *sí, tal cual, pero bueno... a divertirse de todos modos.*

El Colo gritó desbocado: *¡ahora hay que salir a mataaaaar...!*

Yo dije: *bueno, bueno es tan solo un juego, pero sí, claro, salgamos a ganar.*

Claudio no dijo nada, seguía concentrado en los cordones de sus botas.

Me pareció extraño que los otros cinco que serían nuestros adversarios en el campo de juego no estuvieran cambiándose con nosotros. Luego me enteré de que por cuestiones profilácticas en relación con la violencia cada equipo utiliza un vestuario distinto y geográficamente opuesto.

Salimos a un pasillo. Un hombre obeso que vestía una remera de Mo-

törhead nos iba entregando a cada uno fusiles de plástico y máscaras de un material sólido, con una especie de visor a la altura de los ojos. *Les recomiendo que se tapen el cuello*, sugirió. Al parecer, mis compañeros estaban al tanto de este detalle ya que habían llevado bufandas, cuellos polar y otros elementos por el estilo. Pero yo no, con lo cual activé un sistema mental de alerta para evitar ser interceptado en esa zona sensible.

Los seis salimos afuera del pasillo. En la antesala al bosque (a esa hora bañado por el reflejo anaranjado del atardecer), el hombre obeso que vestía una remera de Motörhead deslizó algunas instrucciones y consejos que no llegué a escuchar. Yo estaba un poco apartado del grupo, aunque no tanto, pero sí desconcentrado y claustrofóbico, debido a la suma de

máscara, uniforme y chaleco. Decidí seguir a los demás, imitando –cual mono de laboratorio– sus maniobras. Nos ubicamos detrás de un árbol grande. Mediante un handy, el hombre que vestía una remera de Motörhead intercambió algunas palabras con otro y nos informó que el juego acababa de comenzar.

Entonces Martín ordenó: *ustedes dos vayan por la derecha. Ustedes, ábranse camino por el otro lado, avancen formando un semicírculo. Yo le doy derecho por acá, en línea recta. Les pido a los cuatro que me cubran, ¿estamos de acuerdo?*

Asentí al igual que los demás, sin saber muy bien la razón. La cuestión es que de repente El Colo empezó a trotar medio agazapado y lo seguí. Pasamos sobre unos yuyos y nos tiramos cuerpo a tierra detrás de una planta bastante alta y frondosa con flores. A pesar del

silencio de voces humanas, podían escucharse el crujir de la gramilla quemada y amarillenta debajo de casi una decena de botas, tronquitos quebrarse, ramas alterar su posición original por el impacto con cuerpos que las mecían.

Luego de flotar unos minutos en esa frecuencia paranoica, algo fuera de lo ordinario parecía estar ocurriendo a pocos metros sobre nuestro lado izquierdo: corridas, susurros, puteadas por lo bajo, imágenes veloces atravesando el campo visual fragmentario, estampidas secas que seguramente fueran las bolitas de pintura impactando sobre uniformes o sensores de los primeros participantes descalificados. *Al fin y al cabo de eso se trata*, conjeturé.

Sin embargo, el revoloteo entre las ramas se amplificó y ahora había gritos y puteadas teledirigidas y pasos

firmes y veloces y golpes y más gritos y el sonido de un disparo mucho más intenso que el de los rifles de plástico y el atardecer le estaba dando paso a la nochecita y un hombre enorme apareció detrás nuestro y nos dimos vuelta aterrados y vimos que su uniforme era negro con el efecto camuflado en azul de distintos tonos y recordé la vulnerabilidad de mi cuello y El Colo empezó a llorar debajo de la máscara y podía escucharlo y ver el interior empañado de su visor plástico salpicado por gotitas pequeñas y el hombre nos apuntó con su rifle que no parecía ser de plástico o quizá era una imitación perfecta y dejé mi arma a un costado y formé una equis con los brazos para protegerme y dije *por favor no me haga nada sólo vine acá a jugar* y el hombre me respondió con una pregunta *¿te parece que esto es un juego?*

y asentí y el hombre empezó a oscilar su cabeza de atrás hacia adelante como riendo a carcajadas dentro de un archivo punto zip hasta que se quitó la máscara y pude ver su cara desenfundada y se trataba del hombre obeso con la remera de Motörhead que nos había entregado las armas y los uniformes y El Colo seguía llorando desconsolado y yo expulsé un chorro de pis que quedó sepultado bajo la tela del uniforme y el hombre cargó su arma y le apuntó al cuello descubierto de El Colo que a esa altura ya se había despojado tanto de la máscara como de la bufanda y el hombre disparó y un algo que no era pintura se clavó en la zona de sus amígdalas y los ruidos a nuestra izquierda a la distancia se hicieron más intensos y escuché más gritos y corridas y golpes y entonces me apuntó a mí y dijo *¿sabés porque no*

te disparo a vos? porque sos una gallina muy putita ¿sabés? y dramatizó un gesto violento como para pegarme un culatazo en el pecho pero se detuvo a pocos centímetros de mi cuerpo y se rió a carcajadas y murmuró *estos pelotudos caretones progre...* y dio la vuelta sobre su propio eje y caminó riendo en dirección a la zona de los vestuarios hasta que su cuerpo se esfumó entre la vegetación y entonces yo –a diferencia de El Colo que yacía paralizado– pude articular un plan B respecto a la idea de muerte y derrocar la monarquía íntima del vértigo y recobrar cierto equilibrio frágil en mi sistema cardíaco.

TODO SUCEDE EN UN QUIRÓFANO

Vives en un mundo condenadamente pequeño.
Los inconsolables, Kazuo Ishiguro

Cuando el ejecutivo de cuentas, colmado de perturbación transpirada, abre la puerta de la agencia, la recepcionista lo recibe con una risa pornográfica, ese formato de cinismo femenino que podría disolver hasta la coraza de autoestima más sólida. Pero él sigue de largo, pasa junto a ella sin saludar, quizá como una venganza microscópica o como la exhibición de cierta fortaleza invertebra-

da propia de los débiles y los desesperados. O quizá porque trae consigo un problema y todo lo demás le resulta una tremenda pelotudez.

Sin golpear, irrumpe en la oficina de su jefe y le dice: *estamos cagados, no gustaron las propuestas, incluso están evaluando la posibilidad de trabajar con otra agencia si mañana a primera hora no presentamos nuevas alternativas; alguna opción que les guste, claro; nuestra relación con ellos hace malabares, de los feos y peligrosos. ¿Qué carajo inventamos?*

Espero que ninguno de ustedes tenga planes para lo que resta del día porque hoy tendremos que quedarnos hasta resolver un temita entre todos, decreta el jefe ya en la sala de reuniones frente al equipo antes de perder su mirada en la copa de los árboles que se menean tras el ventanal.

Una mesa larga ocupa casi la

totalidad del espacio y está rodeada por el jefe (en el extremo), el ejecutivo de cuentas, el redactor creativo, el asistente de producción, la pasante, el planner (en el otro extremo), la recepcionista, la directora de arte, el pasante y el diseñador (quien cierra el círculo sentado junto al jefe).

El haz luminoso de un cañón va proyectando sobre la superficie de una pantalla blanca distintas imágenes embebidas en un archivo power point con los bocetos que fueron presentados al cliente hace menos de una hora.

¿Qué es lo que no les gustó?, pregunta con euforia ansiosa, aun antes de que la secuencia finalice, la directora de arte.

El cliente dice que le falta diseño a la propuesta que presentamos, responde el ejecutivo de cuentas.

¿Cómo que “le falta diseño”? Si el diseño es imposible de cuantificar, insiste ella.

El ejecutivo de cuentas clausura toda posibilidad de explicación en profundidad mediante la frase: *eso dijo el cliente, que sé yo...*

Al parecer lo que quieren es un bonito diseño, no les preocupa el mensaje, sugiere el asistente de producción.

¿Entonces para que vamos a quedarnos todos después de hora, quemándonos la cabeza, si es un trabajo para el diseñador gráfico? Que él se ilumine, le ponga onda, haga algo estéticamente lindo y ya, agrega la recepcionista con cierta ironía

Ese bonito diseño al que te referís es el mensaje que quieren, responde el planner desde uno de los extremos de la mesa, y hoy vamos a lograrlo entre todos.

Por ahí tendrías que haberlo argumentado mejor, a veces pasa eso, al principio el cliente puede no estar muy convencido, pero gracias a una buena venta cambia todo, agrega el redactor creativo.

El ejecutivo de cuentas levanta la guardia y responde: *no, no fue eso... creo que lo vendí muy bien y...*

¿Cómo es eso de "creo que lo vendí muy bien"? No me transmite mucha seguridad tu respuesta, interrumpe el planner.

Es una forma de decir... claro que lo hice bien, estoy más que seguro; ¿acaso dudás de mi capacidad?, se defiende el ejecutivo de cuentas.

El asistente de producción vuelve a involucrarse en el diálogo: *no, no creo que haya sido un problema de argumentos... él es muy bueno haciendo lo que hace... yo lo acompañé a varias reuniones y conozco su talento... debe ser otra cosa.*

¿Ustedes qué piensan?, le pregunta el redactor creativo a los pasantes.

El pasante, sentado entre la directora de arte y el diseñador, responde: *a mí me gusta mucho.*

La pasante, sentada entre el asistente

de producción y el planner, responde: *¿por qué usaron esas fotos de banco de imágenes? ¿no ven que son situaciones irreales, que nadie podría pensar que son ciertas?* Todo sucede en un quirófano, parece transmitirnos la propuesta en general...

Para mí el proyecto que presentamos es una joyita... sino miren esos slides... volvé al anterior... no, perdón, el otro... ése... por eso me parece coherente lo que él plantea, dice la directora de arte señalando al redactor creativo.

¿Ahora vos también ponés en duda mi capacidad?, vuelve a defenderse el ejecutivo de cuentas.

La recepcionista se ríe de la situación, lanzando una mirada cómplice con la pasante, que está sentada frente a ella. Pero al instante detiene el impulso ya que las miradas reprobatorias de los demás colisionan contra su cuerpo.

El jefe se mete en la conversación con cierto ímpetu conciliador: *bueno, basta de discutir sobre cuestiones de ego... acá tenemos un problema concreto que es simple: al cliente no le gustaron las propuestas de campaña que presentamos y mañana a primera hora tenemos que pasarles nuevas alternativas, así que mejor vayamos al grano.*

Una vez que los jpg le ceden protagonismo al cartelón “¡Gracias!”, que pareciera derretirse como un helado de grasa animal sobre el fondo blanco, la directora de arte vuelve a la carga, esta vez con un registro pausado: *no quiero pecar de reiterativa, pero lo primero que deberíamos saber es lo que no les gustó, ¿están de acuerdo?*

El pasante y el diseñador son los únicos que asienten con la cabeza.

Bien, bien, tenés razón... para que todos manejemos la misma información,

empezaré por el principio... el tema fue así, comienza explicar el ejecutivo de cuentas.

[...]

Me hicieron esperar más de media hora en un cuarto horrible, chiquito, asfixiante, decorado con fotografías de actrices pertenecientes a la época dorada del cine estadounidense. El único lugar donde pude sentarme fue una silla con respaldo reclinable y rueditas, enfrentada a un espejo sobre la pared rodeado de bombitas de luz amarilla.

Debajo del espejo había cientos de frascos de distintos tamaños, tubitos de colores y envases cilíndricos. Todos dispuestos con una lógica que me fue imposible descifrar.

Sobre el costado opuesto a la puerta, un caño vertical que atravesaba de lado a lado la pared sostenía percheros con

vestidos, trajes y otros especímenes de la industria textil, aunque tan solo distinguía sus fragmentos delgados por la acumulación, como lomos de libros en una biblioteca.

Había música funcional; deben contratar tal servicio porque cada tanto un locutor de voz gruesa tiraba el anuncio institucional. Entre paréntesis: pensaba que ya no existía más ese curro, pero debo decir que sí. Colchones de sonido aséptico sin principio ni fin, melodías edulcoradas sobre ritmos, digamos, étnicos. Una especie de world music new age berreta.

De no ser por la música, que me sugería la sala de espera a un dentista más que a una reunión corporativa, podría haber estado en el camarín de una estrella de vodevil.

Aproveché estar sentado frente al es-

pejo para acomodarme, una vez más, el nudo de la corbata.

Entonces alguien golpeó la puerta y pronunció mi nombre. Era una mujer pidiéndome que la siguiera.

Atravesamos un túnel, luego otro, luego otro. Subimos unas escaleras y al llegar arriba ella se detuvo. *Ahora debe continuar usted solo*, me indicó. Seguí caminando y doblé hacia la derecha, donde pude distinguir un muro colorado al fondo del pasillo. Cuando me topé con él, descubrí que se trataba de un cortinado.

Luego de varios intentos tanteando la ubicación del pasadizo para llegar hacia el otro lado, mientras buceaba en la ondulación roja y espesa de la pana, escuché un murmullo colectivo en crecimiento y la resonancia de una voz amplificadas por parlantes que pronunciaron mi nombre.

Apenas salí a la superficie, es decir que logré dejar atrás aquel laberinto vertical, estalló una estampida de aplausos cuyo origen me fue imposible ver en un primer momento a causa del encandilamiento producido por los reflectores.

De a poco mis ojos fueron calibrando su obturación óptica, la danza de luciérnagas anfetamínicas se desvaneció y obtuve un contacto físico con lo que realmente estaba ocurriendo.

Mi cuerpo petrificado sobre el escenario de un auditorio gigante, con gradas repletas de público eufórico.

Giré la cabeza hacia mi lado izquierdo y observé que había una mesa larga, como de sala de reuniones, rodeada por varias personas aguardando a que me sumara con ellos.

A unos cuantos metros sobre sus cabezas, suspendida en lo alto del

escenario, una pantalla reproducía en tiempo real los primeros planos de las distintas situaciones.

Cada tanto, millones de nano lucécitas se organizaban para representar la imagen de mi cara; o más bien un boceto en su versión más aturdida.

Pero al darme cuenta de que la reunión sería ahí, me ubiqué en el único asiento libre al extremo de la mesa, donde estaban esperándome dos representantes del departamento de marketing, el gerente de producto, la directora comercial y la mano derecha del CEO de la empresa, a quienes tenía que presentar la propuesta de campaña publicitaria.

Apenas me senté y dije *hola a todos, gracias por su tiempo* (palabras cuyo volumen sonó aumentado como si las hubiese pronunciado otro, un cuerpo de enunciación ajeno al mío), en las

gradas se detonó una nueva explosión de euforia grupal, una mixtura de aplausos, chiflidos, gritos, puteadas, taconeos, llantos y susurros por lo bajo.

Desde el extremo opuesto de la mesa, la mano derecha del CEO perforó en el aire un desagüe unidireccional hacia mí mediante un *muéstrenos qué trajo*, frase-excavadora que reprimió en seco la parafernalia celebratoria.

Mientras le entregaba un pendrive al asistente que apareció por detrás, se hizo silencio absoluto. Todo quedó completamente a oscuras salvo el reflejo azulino de la pantalla; el rebote de luz sobre la mesa me permitió ir testeando en tiempo real sus reacciones faciales.

Así fue como empezaron a proyectarse las distintas imágenes embebidas en un archivo power point con los bocetos que habíamos trabajado

entre todos, durante nuestro mantra creativocéntrico que nos hacía creer estar esculpiendo una joyita de proyecto, una obra única del universo publicitario.

Al principio mis explicaciones fueron concisas, más bien descriptivas, para no contaminar las posibilidades de interpretación. Sin embargo, en la quinta o sexta diapositiva pude oler un halo de ironía y descontento en la atmósfera; como un humo negro carente de materia, tal vez sólo perceptible mediante la hechicería o la paranoia funcional.

Ya en el octavo slide la hostilidad se volvió pornográfica: la Directora Comercial y uno de los representantes del Departamento de Marketing cruzaron comentarios desaprobatorios en voz alta hablando de mí como si yo no estuviera presente; el Gerente de Producto se rió

a carcajadas y cada tanto repetía *esto no puede estar pasando*, antes de volver a reír desconsolado; el otro representante del Departamento de Marketing hizo anotaciones en las hojas internas de un cuaderno A4 cuadriculado; la mano derecha del CEO abandonó su lugar para caminar alrededor de la mesa con exagerada ansiedad.

Intenté revertir el declinar erótico de nuestra presentación –o al menos amortiguar cierto malestar difícil de explicar ahora– a partir de una nueva batería argumentativa, para hacer más digerible el resto de las diapositivas que aún quedaban por pasar.

Pero fue inútil.

La mano derecha del CEO se detuvo detrás de mí y, apoyándome su mano izquierda sobre el hombro, me susurró al oído: *si mañana a primera hora no presentan nuevas alternativas, alguna*

opción que nos guste, claro, evaluaremos la posibilidad de trabajar con otra agencia; dense cuenta de que nuestra relación está haciendo malabares, de los feos y peligrosos. ¿Qué carajo inventarán? Yo no tengo la menor idea... aunque espero que ustedes sí...

La mano derecha del CEO desapareció y todo quedó completamente a oscuras.

Luego de varios intentos fallidos tanteando la ubicación del pasadizo para llegar hacia algún lado, mientras buceaba en la ondulación espesa del hueco negro, escuché un murmullo colectivo en crecimiento y la resonancia de una voz amplificadas por parlantes que pronunciaron mi nombre.

Entonces un reflector se prendió sobre mí, encegüeciéndome con su intensidad, y una estampida de abucheos estalló en el auditorio.

De a poco, mis ojos fueron calibrando su obturación, la danza de luciérnagas anfetamínicas se desvaneció y un destello epifánico de luz me permitió ver el primer, único y último fotograma nítido de lo que realmente ocurría.

Una postal sin movimiento.

El tiempo se detuvo gracias a la intervención de un control remoto telepático que por fortuna no jugaba en mi contra, ya que logré huir del lugar –para venir hasta acá– antes de ser interceptado.

Desde las gradas repletas, el público había lanzado cientos de objetos en dirección hacia mi cuerpo que ahora permanecía petrificado sobre el escenario del auditorio gigante como un blanco fácil: triciclos rotos, botellas vacías de cerveza, latas con pintura seca, repisas desarmadas, antenas, camas, salamandras, placares, juguetes, pe-

lelas, botiquines de primeros auxilios, películas en VHS, casetes de ritos umbanda, cajas de zapatos con botones de camisas oficiando de pulsadores, ramas, pedazos de animales muertos, cables delgados, tubos láser, CDs de Bossa'n'Sumo, libros tributo a Fogwill, micrófonos inalámbricos, bombas molotov, zapatillas Converse, un encendedor, álbumes de fotos de distintos incendios, monedas de cinco y diez centavos, tiras de asado crudas, mesas de ping pong, sillones confortables, guitarras, chupitos de absenta, juegos de sillones Luis XV, bastidores cubiertos de lienzos intervenidos por pintoras amateur, accesorios pertenecientes a puertas blindadas, un lanzallamas averiado, algunos discos de vinilo, CDs de rap industrial, pelucas con rulos colorados, parlantes, stickers

circulares con el signo de copyright en blanco sobre fondo negro, uniformes militares, coderas, rodilleras, chalecos con sensores y pantallitas de cristal líquido con números rojos, remeras de Motörhead, cuellos polar, tarjetas personales pertenecientes a científicos, radiografías de cabeza y tórax, espejitos decó, peceras vacías, escobas, baldosas antiguas, instrumentos metálicos que suelen ser utilizados en quirófanos

ACERCA DE MÍ

Esteban Castromán (Buenos Aires, 1975) es escritor y uno de los creadores de Editorial Clase Turista (www.edclaseturista.com.ar). Publicó los libros *El tucumanazo* (2012), *Pulsión* (2011), *380 voltios* (2011) y *Fin* (2009). Su novela *El alud* saldrá por el sello Mansalva en 2014.

ARTE DE TAPA

Nicolás Sarmiento

Sin título. Lápiz sobre papel. A4. 2010.

Nací en Necochea, Buenos Aires, pero la mayor parte de mi vida transcurrió en Marcos Paz. Actualmente vivo y trabajo en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Tengo 27 años. En 2005 ingresé en el IUNA para realizar la Licenciatura en Artes Visuales. Durante 2010 y parte de 2011, participé del Programa de Artistas de la Universidad Torcuato Di Tella. Formé parte del proyecto Rayo Lazer durante 2010-2012.

Algunas muestras en las que participé:

- *No importa mi nombre*, muestra colectiva junto a Pablo Accinelli, Victor Grippo y Karl Holmqvist (Universidad Torcuato Di Tella).
- *Después voy a deformar esto y va a estar todo bien*, junto a Martín Llanezán (Centro Cultural Recoleta, 2013).
- *Alexis Brisa*, muestra individual (Peña Galería).
- *Necesito creer en alguien*, muestra colectiva junto a Rayo Lazer, (Barrio Joven de ArteBA, 2012).
- *La tormenta mas loca del mundo*, con Rayo Lazer (Expotrastien-
das, sector Plataforma).
- *Todos Románticos*, muestra colectiva (Programa de Artistas 2010, Universidad Torcuato Di Tella, 2011).

- *Río de las tres rutas*, junto a Mariana Sissia, curada por Eduardo Stupia (Centro Cultural Recoleta, 2010).
- Y participé también en *Curriculum Cero* (Ruth Benzacar, 2009).

Asistí a las clínicas de análisis de obra de Carlos Huffmann, Valentina Liernur y Diana Aisenberg.

La **Exposición de la actual narrativa rioplatense** fue, entre 2013 y 2014, una colección de libros de bolsillo, coeditada por El 8vo. loco ediciones, Milena Caserola y Alto Pogo. Proyecto libre y autogestivo, llegó a sumar cuarenta títulos originales que circularon de mano en mano y de boca en boca, sin isbn ni institucionalización alguna.

A partir de 2016, sus títulos vuelven al ruedo, de la mano de El 8vo. loco, sello abocado a salvaguardar el espíritu del proyecto original.

Todos los títulos de la **Expo** pueden ser leídos y descargados de manera gratuita de la *web* de la editorial.